

La versión extranjera

Carmen Botello

carmenbotello1956@gmail.com



Florencia del Campo: *La versión extranjera*, Valencia, Pre-Textos, 2019.

«Llevamos en nosotros el desconcierto de haber sido concebidos. No hay imagen que nos afecte que no nos recuerde los gestos que nos hicieron». Con esta frase se abre uno de mis libros favoritos que he recordado leyendo la novela de Florencia del Campo *La versión extranjera*.

Florencia del Campo es bonaerense. Es editora por la Universidad de Buenos Aires. Se formó, además, en Letras en la misma facultad, así como en guion cinematográfico. En España tiene publicados tres libros infantiles. En 2016 publicó *La huésped*, donde indaga sobre el hecho de alojar, o ser alojada. Y hace un par de años la novela *Madre mía*. Narrada en primera persona, constituye un relato desgarrador sobre la enfermedad de la madre, ante la cual la autora confronta el sentido del deber con el deseo de vivir en plenitud su propia vida. Actualmente Florencia del Campo vive en Madrid.

Dice Javier Almodóvar, profesor de lenguas clásicas, citando justamente a Pascal Quignard en *El Sexo y el espanto*, el libro al que me refería al principio, que:

Cualquier lengua oculta en su seno una reacción, una postura singular frente a este hecho fundamental –el de haber sido concebidos– que de ninguna manera es posible soslayar. El lenguaje ha olvidado aquello que nombró un día y que necesitamos nombrar de nuevo para saber qué somos y cómo hemos de vivir. Para ello hay que volver al núcleo, al origen, a la escena originaria, central, determinante. Hay que incitar al lenguaje a confesar su origen, su procedencia, sus antecedentes.

Reconstruir el pasado, formalizarlo mediante el uso de palabras, racionalizarlo, es una tarea hercúlea, porque como dejó escrito Marcel Proust: «La memoria es como un obrero que trabajara para establecer cimientos duraderos en medio de las olas».

Todo texto, esta novela es uno de ellos, que se refiera a ese esfuerzo, requiere un trabajo minucioso de lenguaje y sintaxis. Una organización del discurso que sea capaz de establecer una lógica transmisible. Y que, al mismo tiempo, ofrezca al lector/a, muestra cabal de la tarea minuciosa que ha realizado el escritor/a en este caso, para ir tejiendo aquello que la memoria y la palabra escamotean. La preocupación de Florencia del Campo por la lengua, y las relaciones de parentesco, sus usos, y cómo encontrar la fórmula que permita una cierta inteligencia comunicativa es algo que ya la ha ocupado con anterioridad. Además de *Madre mía*, en *La huésped*, es una mujer en casa ajena la que no comprende ni una palabra de cuantas pronuncia su suegra, en cuya casa se alojan ella y su marido.

La versión extranjera es una novela que conviene leer dos veces, al menos. Cada una de ellas, aventuro, será recibida como una versión distinta. Al menos esa fue mi impresión. También porque no es una novela ni fácil ni bonita: es un texto escrito con «escalpelo» –sustantivos y verbos y poco adjetivo–. Esto es, un libro sustancial. *La versión extranjera* cumple con creces esa expectativa.

«Todavía no presiento que llegar es volver», dice la narradora. En el aeropuerto de New Jersey, camino de San Francisco, la viajera es interrogada por las autoridades de inmigración sobre sus intenciones al entrar en los EE. UU. y ella, ante la pregunta, tiembla: ¿Acaso es capaz de decir qué la impulsa de verdad a realizar ese viaje?

«¿Turismo? ¿Por qué voy?» «¿Familia?» se preguntará un poco más adelante...

La narradora de *La versión extranjera* lleva unos años sin visitar a su familia. Argentinos de origen, ahora viven en Estados Unidos. Su hermano está casado con una americana y su madre reside con ellos. Durante los 18 días que comparten, ella intentará pergeñar una versión del pasado. De su pasado.

Así, en una especie de diario, anota día a día el encuentro/reencuentro con Hermano, Madre y la familia de su cuñada. Hermano y Madre, sin artículo in o determinado, sin posesivo, prácticamente sin adjetivación, se convierten en su historia en nombres propios. Así los he escrito porque, aunque no vayan con mayúsculas en el original, desde el primer momento he tenido la sensación de que para la autora, Hermano y Madre no son sustantivos comunes.

El gran trabajo que realiza Florencia del Campo en esta novela es intentar que su protagonista encuentre las palabras para decirlo, *le mot juste*, que obsesionaba a Flaubert. Qué gran verdad esa cita de Faulkner: «El pasado nunca se muere, ni siquiera es pasado».

A nuestra protagonista el pasado la persigue y la devuelve a un lugar en donde todo se repite porque la memoria es tan tramposa que requiere múltiples versiones para intentar cercar aquello que en realidad carece de nombre. Porque...

cómo nombrar lo que esta mujer ha sentido y percibido con todo el cuerpo y permanece anclado al borroso recuerdo que Madre y en especial Hermano –Hermano que fue causa y actor del deseo prohibido– niegan. Y no solo niegan, sino que además cargan sobre la «víctima» –a la narradora no le gusta ser considerada como tal– ¿cómo podría ser así!? Si gozaba y buscaba lo que Hermano y Madre no recuerdan-cargan sobre ella decía, la responsabilidad de su relato imaginario. En ese sentido esta novela es un tanto misteriosa, porque nos enreda en suposiciones y sugerencias que, incitados por el trabajo de la narradora, tendremos que desbrozar también. Y quedarnos acaso con nuestra propia versión.

... No podemos evitar preguntarnos si en serio Hermano y Madre no recuerdan. Porque seguro que algo saben: la jovencita se vuelve bulímica, vomita, es flaca –y según dice Hermano, huele mal–. ¿Qué querrá decir Hermano con ello? No puedo evitar encontrar doble sentido en ese hedor... Y además la muchacha dice cosas incómodas que Madre y Hermano no quieren escuchar. De hecho, es tratada con antidepresivos para que deje de contar la verdad. ... Claro, que también dice Faulkner que «los hechos no tienen que ver nada con la verdad». Da la impresión de que la narradora, en esa incesante repetición que implica cada uno de los días que dura su viaje, busca en cada paso que algo minúsculo y distinto se cuele, algo apenas perceptible que quizá alguna vez acerque al sujeto si no a la «curación», al menos sí a alguna forma de consuelo. No obstante, la repetición la asquea: hay una repugnante familiaridad en esa rutina, intolerable e inevitable como una enfermedad. De ahí las versiones, siempre extranjeras, siempre en una lengua que se desconoce.

«Vine para recordar», dice la narradora, «pero necesito la máquina del tiempo, y es la que Hermano va a apagar cada vez que yo la encienda, que yo me encienda». Radical desencuentro en las versiones, pues. No se trata tanto de una lengua de verdad extranjera –a ella le cuesta expresarse en inglés, a la narradora de *La huésped* le costaba entender el francés– como que la lengua madre de ambos hermanos ha dejado de ser lengua madre y por tanto una lengua compartida.

Hermano a veces me parece otra cosa. Un monstruo, una máquina, un padre. Un hombre, ¿eso? Un pasado claro de hermano opaco, un recuerdo turbio de hermano pulcro. Miro a madre sentada en la medianera y nos parecemos. Recuerdo algo: hermano cuando era la corriente de un río. Arrastraba pero no golpeaba. Y después ya otra cosa. Yo no fui, fuiste vos, nena. Eso en la infancia. O: estás loca. Una amnesia que me permite recordar estas frases: lo estás confundiendo todo, yo nunca dije eso, yo nunca hice eso; ¡sí era eso lo que querías! Un hermano que no obliga, que hace que desee.

Un hermano no obliga. Creo que esta es la *única* ocasión en la que aparece en el texto el artículo indeterminado. Justo porque no se trata de Hermano, sino de alguien «que no obliga». Pero, en definitiva, tal y como ella misma confiesa, tampoco sabe cuál es el idioma que conoce la verdad.

Así que despacio, con idas y venidas de la memoria y entre el farrago de los recuerdos, de la confrontación entre el recuerdo y lo que aparece como realidad, se va desgranando esta novela que pone a su narradora en el difícil cometido de desbrozar con las palabras qué ocurrió, por qué ella recuerda así y por qué ese esfuerzo, a todas luces fallido, de intentar que el pasado sea reconocido en una versión que todos logren compartir.

Si no existiese la familia habría que inventarla, para decimos, de la manera que fuese. Y si todas las familias fuesen felices, quizás no habría literatura –como anunció Tolstoi–. Y si no existiese el gran tabú del incesto –incluso ese incesto que se comete en los sueños, que es horroroso porque desvela el deseo frustrado y no evita la culpa–, no podríamos tampoco construimos como sujetos. Por descontado, tampoco habría historias, y sus versiones... «fuiste vos, nena». No es extraño pues que la narradora diga que a cada minuto que pasa en el país, en casa de Hermano, con su cuñada y con Madre, adquiriera menos vocabulario. La culpa no la tiene el inglés, es que, sin las palabras, el sujeto está abocado a la regresión, a la condición de infante.

Sin embargo, ah, la familia... «os amaré eternamente» confiesa,

aun cuando decida irme bien lejos y abandonaros por años, os amaré porque sois todo lo que tengo, y todo lo que he conocido –y así de herida llamaré por teléfono..., para obtener un pasaje a una cura ficticia, un pasaje al pasado, o al futuro, a la memoria o a la vida, y lo haré sola pero lo haré por vosotros, no por mi cuerpo sino por vosotros, hasta dormirar y no tener nada que hacer y contemplar la vida cotidiana de una familia que no me pertenece pero ante la cual me rindo y a la que rindo todos los tributos de esta tierra.

La versión extranjera tiene dos partes: o dos versiones; en una primera versión se va contando el devenir de la protagonista en su visita a su familia y en la segunda, que se abre con la preciosa cita de Emine Sevgi Ozdamar: «En el idioma extranjero, las palabras no tienen infancia», se cuenta cómo la historia se desenvuelve en un espacio que no avanza, no va a ninguna parte y carece de final. Repetir y repetir como una condena. «Cómo podía yo saberlo, ser capaz de saber el día 1, qué era o no era acertar, recordar el futuro... saber lo que aún no presentía...». Aunque quizás nuestra protagonista debería haberse dado cuenta de lo que le esperaba, o recordarlo al instalarse –como huésped– en casa de Hermano, pues todavía durante el vuelo que la traía desde España hasta EE. UU., ya le sucede algo extraño: «la palabra familia, tan similar en inglés y español, se me descompone en formas geométricas y a cada letra de la palabra le corresponde un hueco, un espacio, de esos que se forman entre las líneas...».

Y es en esos huecos, en esas entrelíneas, cuando la narradora ha de hacer el esfuerzo de tirar de las palabras para decir lo que apenas puede balbucirse, para articular una historia de la que cada cual tiene su propia versión, y no hay

remedio ni cura, el pasado nunca es pasado –¡recordemos!–. La herida originaria no se cura jamás.

Qué hacer entonces, cómo consolarse, cómo resistir y anclar la memoria... «porque nos odiamos, porque nos amamos, porque para eso hay que poner cuero sobre cuero hasta reconocer que este incesto es real pero no pasa...».

Y esta mujer que escribe como puede las palabras que la versión le exige hace de alguna forma aquello que Clarice Lispector dejó escrito en *Agua Viva*:

... Entonces, escribir es el modo de quien tiene la palabra como carnaza: la palabra pescando lo que no es palabra. Cuando esa no-palabra (la entrelínea) muerde el anzuelo, algo se escribió. Una vez que se pescó la entrelínea, con alivio se podrá arrojar la palabra afuera. Pero cesa la analogía: la no-palabra, al morder el anzuelo, la incorporó. Lo que entonces salva es escribir distraídamente.

¿Podrá hacerlo mejor? ¿Cómo? Pues no somos todos, la narradora también, o más ella que ninguno, huérfanos de lengua para siempre...

No se pierdan esta novela de Florencia del Campo porque de alguna forma nos concierne y nos alivia también, pues nos hace comprender que no todo puede ser dicho, y es preciso aceptar esa falla ya que no se trata de impotencia, sino de una imposibilidad que a todos afecta.

.....
CARMEN BOTELLO fue premio Nacional de Cuentos de Elda y Premio Internacional, Una palabra Otra. Publicó en Aguaclara la colección de relatos *La gata roja y otros cuentos tristes y*, en El Nadir, los libros de cuentos *Otras Ofelias*, *Un error* y *El mejor amigo del hombre*. La misma editorial publicó sus novelas *¿Quién es Antígona?* y *Un perro en las nubes*. Su último libro es una colección de sesenta y cinco microrrelatos agrupada bajo el título *Mal Invierno*.